

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Epigmenio, presbítero y mártir.

San Pígnenio, ó Epígnenio, existió á mediados del siglo IV; ignoráanse sus padres y el lugar de su nacimiento, siendo creíble fuese romano, pues en Roma vivía y adquirió la fama que lo distinguía por un varón lleno de virtudes y de sabiduría. Su mucho mérito sobre la divina vocación le dió entrada en el clero, y ascendió hasta el sagrado órden de presbítero de la Iglesia romana. Su piedad y su ciencia le atrajeron la estimación y amor del pueblo en tanto grado, que acudía en bandadas á oír sus instrucciones, convirtiéndose muchos de los idólatras á la fé de Jesucristo, y recibiendo de su mano el bautismo. Creese que hizo un viaje á Antioquía, y que visitó otros puntos para trabajar en la conversión de las almas. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que estaba en Roma cuando el apóstata Juliano renovó la persecución contra la Iglesia. Alzado el pueblo gentil que aun había en Roma, y no pudiendo sufrir el valor y constancia con que el Santo presbítero Epígnenio sostenía la fé de Jesucristo y predicaba su religión, se apoderó tumultuariamente de su persona, y conduciéndolo al Tíber, le precipitó por el puente en sus caudalosas aguas. Su santo cuerpo fué hallado á distancia, y una piadosa matrona, llamada Cándida, le dió sepultura en el cementerio de Ponciano, frente al palacio.

La Epístola es del capítulo II y III de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo (pág. 568).

Carísimo: Acuérdate que nuestro Señor Jesucristo &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo (pág. 558).

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga &c.

MEDITACION.

Sobre el fervor del espíritu.

Considera que no basta amar y servir á Dios; es menester amarle y servirle con fervor. A esto nos obligan la correspondencia y nuestro interés. La correspondencia: Jesucristo nos amó, obró por nosotros con fervor, sin perdonar ni omitir nada de cuanto podía



S. Epígnenio Presbítero.



La Resurrección del Señor Jesús.



S. Pedro.



S. Castulo Matrona.

conducir á mostrarnos lo fervoroso de su amor; pues desde el primero hasta el último momento de su vida se aplicó á mostrarle, pensando, obrando, hablando, orando y trabajando solo por nosotros. ¡Qué no padeció para que conociésemos lo ardiente de su amor! Sacrificó á nuestra salvacion bienes, reposo, placer, gloria y vida; podia hacernos este bien á ménos costa; una gota de sangre, una sola lágrima era mas que suficiente; pero el exceso de su amor no se hubiera conocido. Este mismo amor le hizo desear con tanto ardor el día de su pasion, prevenir sus crueldades con el dolor interior á que se abandonó, haciéndole, en fin, hallar gusto en los mayores tormentos; porque preveia nos habian de ser útiles, y que manifestándonos su amor, podria mejor merecer el nuestro. Nada pareció difícil á Jesucristo, cuando se ofreció mostrar lo que nos amaba. Mas á nosotros todo nos parece arduo, cuando es menester hacer ó padecer algo por Jesucristo. ¡Qué ingratitud! Nuestra propia conveniencia nos obliga á tener fervor. Primeramente, cualquiera que le tiene hace todas las cosas con mayor facilidad; cuando se ama á Dios fervorosamente, nada parece difícil. ¿Se ofrece algo penoso? ¡Repugnan algo los sentidos? No importa; cuando se espera agradar á Dios, y se le ama de veras, se ejecuta todo con facilidad. Cualquiera que ama, dice San Agustin, no siente el trabajo aunque trabaje. Una alma fervorosa corre en el camino de la salvacion. En segundo lugar, el fervor no solo dá facilidad para hacer las cosas, sino que tambien dá gusto. La uncion que Dios esparce con su gracia en un corazon, le hace abrazar el yugo del Señor no solo como ligero, sino como agradable, hallando las mayores y mas verdaderas delicias en las mismas adversidades. En tercer lugar, cuando se tiene fervor se gana mucho tiempo. Los obreros del Evangelio que vinieron los últimos, tuvieron el mismo premio que los primeros; su fervor suplió á lo breve del trabajo; y en fin, cuando se tiene fervor, se merece, y se aprovecha mucho con poco, si se puede llamar poco las obras que hace el fervor.

Considera que el premio que debemos esperar en el cielo debe animar nuestro fervor. *Una breve y ligera tribulacion*, dice San Pablo, *nos asegura una bienaventuranza inmensa y eterna.* ¿Pues cómo podemos ser tímidos? ¿Cómo podemos no ser fervorosos si pensamos que no hay momento en que no podemos ganar una eternidad, ni una accion buena, que no se haya de premiar con un grado particular de gloria? ¡Cuánto debe animarnos á ejecutar ó las

— que ante mí en el día de la gloria —

buenas obras, ó los ejercicios de piedad fervorosamente, saber que la bienaventuranza del cielo se proporcionará con el fervor que hubiéremos tenido en esta vida mortal! Verdaderamente si pensáramos que la grandeza de nuestra gloria en el cielo, y de nuestro amor beatífico durante la eternidad, se proporcionará con el grado de amor de Dios en que nos encontrare la muerte, nos animaríamos con fervor admirable, deseando crecer cada instante en el amor de Dios, con el continuo ejercicio de los actos que le pueden aumentar en nosotros.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Nada hay que se crea mas fácil que el fervor del espíritu; muchas almas se alucinan creyendo que con solo querer tenerle ya le tienen, porque se esfuerzan algunas veces á hacer algunas obras de virtud, ó porque se dan con alguna actividad á prácticas de devoción y de piedad. Se engañan ciertamente; pues el fervor del espíritu no es una cosa hecha á mano, ni un puro esfuerzo de la naturaleza ó fuerzas físicas: es el fervor de la caridad, es la actividad de un amor verdadero que se dá en una alma que no comete pecados mortales, ni veniales, que no sean de miseria ó flaqueza, que domina sus pasiones, que modera sus apetitos, que vence su genio, que huye del mundo y de las ocasiones, en una palabra, que ama á Dios de veras y le sirve con el arreglo de su vida y la práctica de la virtud. Todo esto supone el verdadero y legítimo fervor. ¿Como, pues, podrá darse en una persona que sea el juguete de sus pasiones, que esté llena de mundo, que viva disipada, que no guarde sus sentidos, que no arregle su conducta, en fin, que no tenga las disposiciones con que obra la caridad para el aprovechamiento? Mientras no las tengamos, en vano nos persuadimos que hay en nosotros fervor; pero si las tenemos, él existirá de hecho y no podremos ménos de conocerlo en sus afectos.

JACULATORIA.

Dadme, Señor, aquel amor que no escusa sacrificios, ni mira con desidia lo que es de vuestro servicio.

LECCION.

Sobre los dones del Espíritu Santo.

Después del santo temor de Dios, de que hemos hablado ayer, sigue el don de piedad, por el cual se infunde en nuestra alma aque-

lla virtud que mueve é incita á reverencia, acatar, servir y honrar á Dios nuestro Señor. Este es aquel don del Espíritu divino, con el que el hombre corregido ya por el temor de Dios y horrorizado del infierno y de las penas con que amenaza á los pecadores, se determina á cumplir la voluntad y los preceptos divinos. Por el temor, huye el hombre del imperio del demonio, y por el don de piedad se acerca al reino de Dios: aquel rompe el yugo del infierno, ésta lo sujeta al suave yugo de la Divinidad. El Apóstol San Pablo exhorta á su discípulo Timoteo: Desecha, le dice, las fábulas impertinentes, y ejercítate en piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso; mas la piedad vale para todo, porque tiene promesa de la vida que ahora es, y de la que ha de ser.... Si alguno enseña de otra manera, y no abraza las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y aquella doctrina que es conforme á piedad, soberbio es, nada sabe; mas antes flaquean sobre cuestiones.... de donde se originan envidias, rencillas.... alteraciones de hombres perversos de entendimiento y que están privados de la verdad, creyendo que la piedad es una grangería. Mas tú, hombre de Dios,.... sigue la justicia, la piedad y la fé." Y para distinguir la verdadera de la falsa piedad, anuncia en otra parte, que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos; porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos,.... amadores de placeres, mas que de Dios, teniendo apariencia de piedad, pero negando la virtud de ella. Que la piedad es un don divino, se manifiesta por el Apóstol San Pedro, cuando se dice: Todas las cosas que miran á la vida y á la piedad nos han sido dadas de la Divina Potencia por el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud. Finalmente, el mismo Apóstol San Pedro nos aconseja, que aplicando todo cuidado, juntemos á la paciencia la piedad, y á la piedad el amor de nuestros hermanos.

La ciencia es el don del Espíritu Santo, por medio del cual consigue el hombre el conocimiento de las cosas divinas y humanas para usar bien de ellas en orden á la salud del alma. A esta virtud pertenece el conocimiento de los sacramentos, de las Escrituras, y de todo lo que pertenece á la fé y á la confirmacion de nuestra creencia; y aunque el conocimiento especulativo de las ciencias de las cosas divinas se puede adquirir por el estudio de la Escritura Santa, de los Padres de la Iglesia y de los teólogos, la ciencia práctica de la Divinidad, unida con el culto de su Magestad, con el te-

mor, la obediencia y el amor á Dios, es preciso que nos vengan de lo alto; pues como dice el Salmista Rey: el Señor que enseña al hombre ciencia, que conoce los pensamientos de los hombres.... Bienaventurado el hombre á quien tú instruyes, Señor, y le enseñaras tu ley para que le suavices en los días malos, entre tanto que se cava el hoyo para el pecador. En efecto, ¿qué aprovechan al hombre mas instruido los sublimes conocimientos de la teología, si ignora lo necesario para vivir bien y piadosamente? Porque, como se lee en el libro de la Sabiduría: "Son vanos todos los hombres en quienes no existe la ciencia de Dios;" y San Pablo dice á los corintios: "Yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado." Las ventajas de este don del Espíritu Santo, se manifiestan en los Proverbios por estas palabras: Si la ciencia agradare á tu alma, el consejo te guardará, y la prudencia te conservará.... El fingidor con la boca engaña á su amigo; mas los justos se librarán por su saber. El modo de conseguir la ciencia se explica mas adelante, cuando dice: El que ama la corrección, ama la ciencia; mas el que aborrece las reprensiones es necio.... El hombre cauto encubre el saber, y el corazón de los necios saca afuera su necesidad.... El corazón prudente poseerá ciencia, y la oreja de los sabios busca doctrina.... El justo conoce la causa de los pobres; el impío ignora la ciencia. Por eso el escalon para subir á la ciencia es la piedad.

Que el don de ciencia nos proporcione el conocimiento de las Escrituras Santas, lo declaró el Angel á Daniel cuando le dijo: "Ten selladas estas palabras, y sella el libro hasta el tiempo determinado: muchos lo repasarán y se multiplicará la ciencia." Este admirable don nos hace gratos al Señor, pues que él mismo aseguró al profeta Oseas: "Misericordia quiero, y no sacrificios, y conocimiento de Dios mas que holocaustos." Cual sea el fin de esta virtud, cómo debemos usar de ella rectamente, y los límites que debemos poner al deseo inmoderado de saber, nos lo explica admirablemente San Bernardo, exponiendo las siguientes palabras del Apóstol á los corintios: "La ciencia hincha, mas la caridad edifica; y si alguno cree saber algo, aun no ha conocido de qué manera le convenga saber." Se ve aquí que el Apóstol no aprueba el saber mucho si se ignora el modo de saber, el cual depende del orden, del empeño y del fin con que adquirimos los conocimientos. Del orden, sabiendo primero lo que mas nos importa para la salvación

del empeño, procurando aumentar nuestros conocimientos con tanta mayor vehemencia, cuanto mayor es la importancia de adquirirlos; y del fin, no dirigiendo nuestro saber por vangloria, por curiosidad ú orgullo, sino solo por nuestra edificación ó la del prójimo. Porque hay algunos que quieren saber, tan solo con el objeto de aumentar sus conocimientos, y por una torpe curiosidad: hay otros que buscan la ciencia para ostentarse sabios, y por un torpe orgullo, de quienes hablando Juvenal, dice: "De nada les sirve su saber, si no saben que otro conoce su ciencia;" y hay otros, por último, que quieren saber para edificar, y su ciencia se halla unida á la caridad, ó para edificarse á sí mismos, y su ciencia se ve reunida á la prudencia." El Apóstol advierte á los romanos: "Que no sepan mas de lo que conviene saber, sino que sepan con templanza, y cada uno como Dios le repartió la medida de la fé. ¡Cuánto daño se han causado á sí mismos y á sus prójimos esos pretendidos sabios, esos espíritus fuertes y esos falsos filósofos que queriendo fundar su ciencia en otros cimientos que los de la piedad, y avanzar mas allá de lo que permite el débil entendimiento humano, pasando de la física, de la literatura y de otros conocimientos humanos en que acaso han sido la admiración de su siglo, á los conocimientos sublimes de la religion, han desbarrado notablemente y serán la execración de la posteridad! Pidamos, pues, al Espíritu Santo el don de la verdadera ciencia, que no es otra que la ciencia de Dios y de sus sagrados testimonios, clamando humildemente como el Profeta: Enseñame bondad y doctrina, y ciencia, porque he creído tus mandamientos.

Este conocimiento de Dios, de su divina ley, sus dogmas y sus preceptos, nos conducen inmediatamente al don de la fortaleza, que es aquella virtud por la cual se resuelve el hombre decididamente á servir á Dios, á cumplir su divina voluntad, y confortado con él, vence todas las dificultades, y supera los inconvenientes todos que se oponen á su marcha, y que intentan desviarle del camino de la piedad y de la perfección. Para conseguir este apreciable auxilio, el mejor y casi el único medio, es pedirlo por una frecuente y fervorosa oración. Mientras Moises elevaba las manos hácia el cielo, los hijos de Israel vencían á los amalecitas; mas cuando aquel candillo las bajaba, al momento eran vencidos. Pero la oración de nuestra alma debe ir acompañada de la continencia de nuestro cuerpo. Porque cuando estoy enfermo, decía el Apóstol á los corintios,

entonces soy fuerte, entonces me hago más valeroso con las fuerzas de la gracia, de la magnanimidad, de la humildad y de la esperanza cuando con la paciencia domo la insolencia de la carne. Por otra parte, el que se ejercita incesantemente en la práctica de las virtudes, adquiere en cierto modo el hábito de la fortaleza. La lectura, pues, de esta obra en que diariamente observamos ya el valor de los mártires, ya la constancia de los confesores, ya la pureza de las vírgenes, ya el celo de los apóstoles, ya la doctrina de los doctores, y ya el cimulio todo de las virtudes públicas y privadas que adornan la Iglesia de Dios y brillan mas especialmente en algunos de sus santos, es uno de los medios que deben aumentar nuestra fortaleza, y habituarnos á sostener con energía nuestros buenos propósitos, á pesar de las contradicciones que nos oponen el espíritu del mundo y los estímulos de la carne. Pero el don de fortaleza debe tambien estar unido con la mas sincera humildad, si reflexionamos que la fortaleza de Sanson y de David se rindió á las débiles armas de la hermosura, y los vencedores de multitud de enemigos, de los leones y de las bestias mas feroces, no pudieron vencerse á sí mismos, que es en lo que consiste la virtud de la fortaleza. Mejor es el sufrido, dicen los Proverbios, que el hombre fuerte; y el que domina su corazon, que el explorador de ciudades. Por eso San Gregorio dice: "La fortaleza de los justos es vencer la carne, contrariar los propios deseos, extinguir el demasiado aprecio de la vida presente, amar las contradicciones de este mundo por los bienes eternos y los premios celestiales, despreciar los alagos de la prosperidad, y superar en el corazon el miedo y el temor de las adversidades. Esdras nos dice: que el gozo del Señor es nuestra fortaleza. Para manifestar el Santo Job, aquel modelo de fortaleza, que el hombre por sí solo no es capaz de un esfuerzo tan constante de paciencia, pregunta: ¿Cuál es mi fortaleza para sufrir yo? ¿Cuál mi fin para portarme con paciencia? Ni fortaleza de piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce. El profeta Daniel manifiesta ser un don de Dios, cuando dice: A ti, ó Dios de nuestros padres, te doy las gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fortaleza. Mas expresamente se manifiesta en este punto el profeta Miqueas, diciendo: Lleno estoy de fortaleza del Espíritu del Señor, de juicio y de virtud para anunciar á Jacob su maldad, y á Israel su pecado. En los Hechos de los Apóstoles se dice, hablando del primer mártir del cristianismo: Mas Estevan, lleno de gracia y de

fortaleza hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo. Siendo, pues, el primero de los medios para alcanzar este precioso don, el de pedirlo, clamemos por su consecucion, diciendo con David, cuando nos viéremos atacados del desaliento y de la pusilanidad: Inclina tu oído á mí, apresúrate á libramme, sé para mí un Dios protector y una casa de refugio, para que me hagas salvo. Porque tú eres mi fortaleza y mi refugio, y por causa de tu nombre me guiarás y me sustentarás. Me sacarás de este lazo que han escondido para mí, porque tú eres mi protector.... Tengo de amarte, Señor, fortaleza mia. El Señor es mi firmeza, y mi refugio y mi libertador.... Porque tú eres, Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado? ¿Y por qué ando triste mientras me aflige el enemigo?... Guardaré para tí mi fortaleza, porque tú eres Dios amparador mio.... Porque has sido mi esperanza, torre de fortaleza contra el enemigo.... Maravilloso es Dios en sus santos, el Dios de Israel; él dará virtud y fortaleza á su pueblo: Bendito sea Dios.... Empujándome me desquiciaron para que cayera; mas el Señor me amparó. "El Señor es mi fortaleza y mi alabanza, y fué salud para mí."

Hemos visto ya como el temor de Dios nos conduce á la piedad; ésta al conocimiento divino, y la ciencia de Dios fortalece nuestra alma: veremos en la leccion siguiente cómo estos dones nos guian á la consecucion de los restantes.

DIA VEINTE Y CINCO.

La Encarnacion del Divino Verbo.

Habiendo llegado el dichoso momento destinado desde la eternidad para hacer la reconciliacion de los hombres con Dios, aquel mismo arcángel Gabriel que cuatrocientos años antes habia declarado al profeta Daniel el nacimiento y la muerte del Mesías, y aquel mismo tambien que seis meses antes habia anunciado á Zacarías el nacimiento del que habia de ser su Precursor, fué enviado á una tierna doncella llamada Maria, de la tribu de Judá y de sangre real, porque era descendiente de la casa de David. Aquel Señor que la habia escogido para madre del Mesías, la habia prevenido en el primer instante de su concepcion, de todos los dones celest a-

les y de una plenitud de gracia tan asombrosa, que era el pismo del cielo, y como dicen los santos Padres, excedía en mérito y en santidad á las mas perfectas criaturas.

Aunque por una rara virtud, hasta entonces sin ejemplo, habia consagrado á Dios con voto su virginidad; con todo eso quiso la Divina sabiduría se desposase con un varon justo, llamado José, de la misma casa de David, para que fuese guarda de su honor, testigo y protector de su pureza, tutor y padre putativo del Hijo que habia de nacer de sola ella. Vivía esta doncella en Nazaret, pequeña ciudad de Galilea. Aquí fué donde el Arcangel se le apareció á tiempo, dice San Bernardo, que retirada de la vista y comercio de las criaturas, se dedicaba enteramente á su Dios, en contemplacion muy elevada. Lleno de respeto y veneracion el celestial Parainfno, á vista de la que consideraba ya como Reina y soberana suya, la saludó de esta manera: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mugeres.* Salucion que comprendia el mas pomposo y magnifico elogio que podia darse á una pura criatura; porque la aseguraba que estaba llena de todos los dones del Espiritu Santo; que poseia todas las virtudes en supremo grado; que estaba colmada de bendiciones; y que era ella la criatura mas agradable á los ojos de Dios, que habia en el cielo y en la tierra. La repentina vista de un ángel en figura de hombre, causó al principio alguna turbacion á la purísima doncella. Llenóse su virginal rostro de un vergonzoso rubor, y su corazon de sobresalto: lo que advertido por el ángel, la aseguró, diciéndola: *No temas, Marta; porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Este Señor quiere que seas Madre de un Hijo; pero sin detrimento de tu virginal pureza. Concebirásle en tus entrañas, dárásle á luz, y le llamarás por su nombre Jesus. Será á todas luces grande; y las maravillas que obrará, le harán reconocer por Hijo del Altísimo, y por Hijo tuyo, por descendiente de David, puesto que tú eres de su sangre real. Pero no ascenderá al trono por el derecho de la sucesion; porque su soberanía se le deberá por otros títulos muy diferentes. Como Hijo de David dominará sobre los pueblos de todo el universo; aunque su corona no será como la de los reyes de la tierra. Fundará una nueva monarquía. En la Iglesia de Dios vivo, en esta misteriosa casa de Jacob reinará sin cesar; puesto que el imperio de este gran monarca no reconocerá mas límites en su estension que los de to-*

do el universo, ni mas término en su duracion que los de la eternidad misma.

Fáciles son de concebir los primeros movimientos de aquel corazon humildísimo, de aquella Virgen, la mas humilde de todas las criaturas. No podia comprender que Dios hubiese puesto los ojos en ella, para cumplimiento de tan alto y tan asombroso misterio. Por otra parte, la asustaba mucho el título de Madre, apreciando tanto el puro estado de Virgen. Esto la obligó á preguntar cómo podria ser lo que el ángel la decia, no habiendo conocido hasta entonces hombre alguno, y estando resuelta á no conocerlo jamas? Pregunta, dice San Agustín, ¿qué no haria la purísima doncella si no hubiera hecho voto de perpetua castidad? Mas para sosegarla y satisfacerla, el ángel la declaró que solo Dios seria Padre del Hijo, de quien ella habia de ser Madre; que concebiria por obra del Espiritu Santo, el cual siendo la virtud del Altísimo, formaria milagrosamente el fruto que habia de nacer de sus entrañas, haciendo mas pura su virginidad; y en fin, que el Hijo que habia de dar á luz se llamaría y seria verdaderamente Hijo de Dios, en quien residiria corporalmente toda la plenitud de la divinidad, todos los tesoros de la santidad y de la sabiduria divina. Y en testimonio de esta verdad, añadió el ángel: pongo en tu noticia la maravilla que Dios acaba de obrar en favor de tu prima Isabel, la cual en su avanzada edad no podia ya esperar tener hijos naturalmente, y con todo eso está en cinta de seis meses, porque nada es imposible al Todopoderoso; y el que pudo dar un hijo á una anciana y estéril, tambien podrá hacer Madre á una doncella, sin que deje de ser virgen.

Mientras hablaba el ángel, se sintió María iluminada de una clarísima luz sobrenatural, con la cual comprendió toda la economía y todos los milagros de aquel inefable misterio, y aniquilándose delante de Dios: *Hé aquí, dijo, la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.* Al decir esto María, desapareció el ángel; y en aquel felicísimo momento formó el Espiritu Santo en las entrañas de la Virgen un hermosísimo cuerpo de su misma purísima sustancia, y criando al propio tiempo la mas perfecta alma, unió el cuerpo y la alma sustancialmente á la persona del Verbo; y el Verbo por medio de esta sustancial union se hizo carne. En el mismo punto todos los ángeles adoraron á aquel hombre Dios. En aquel mismo instante se convirtió en templo del Verbo encarnado, el vientre de la mas pura entre todas las vírgenes, y en el mismo mo-

mento se cumplieron todas las profecías que anunciaban la venida del Mesías. Entonces se verificó el oráculo de David: Saltará de gozo toda la naturaleza, porque el hombre Dios se dejó ver en el mundo. En este día fué concebido en tiempo, el que es ante todos los siglos, y aunque esencialmente inmutable, comenzó á ser lo que era haciéndose hombre; pero sin perder lo que antes era siendo Dios. En este dia, dice el sabio y piadoso Gerson, fueron oídos los ardientes deseos de tantos Patriarcas que suspiraban por la venida del Mesías. Esta es la principal fiesta de la Santísima Trinidad, no habiendo otro dia que hubiese obrado iguales maravillas. ¡Cuántos misterios se incluyen en uno solo, y cuántos prodigios en este solo misterio! En Jesucristo un hombre Dios; en Maria una Virgen Madre de Dios; y en nosotros, á cuyo beneficio se hicieron todas estas maravillas, unos hijos adoptivos de Dios.

Si, carísimos hermanos, dice San Agustín, tal fué el efecto de la Encarnacion, que en virtud de ella y en la persona de Cristo, el hombre se elevó á ser Dios, y Dios se abatió hasta la forma de hombre. Un Dios verdadero hombre y un hombre verdadero Dios. Las dos naturalezas divina y humana unidas en una misma persona, pero haciéndose esta union de personas sin confusion de naturalezas. El Verbo se hizo carne; y por esta union real y sustancial del Verbo con la humanidad, hizo propios suyos todas las miserias naturales del hombre: comenzando tambien el hombre á ser participante de todas las grandezas de Dios. Misterio inefable, á cuya ejecucion se debe rendir todo entendimiento criado; porque como dice San Juan Crisóstomo: no hay que preguntar con qué virtud ni de qué manera pudo la naturaleza humana ser sublimada por el Verbo Eterno á union tan noble, á estrechez tan inexplicable: pues el órden de la naturaleza cede á todo lo que quiere Dios. Quiso Dios hacerse hombre, pudo hacerlo, lo hizo y salvó á los hombres. ¡Oh, que inagotable fondo de piadosas reflexiones y de afectos de admiracion, de amor y reconocimiento, se comprende en este inefable misterio!

Por sí el asombroso abatimiento del Verbo, dicen los Padres, es asunto grande de admiracion al mundo; la sublime elevacion de Maria á la dignidad augusta de madre de Dios, no incluye ni descubre inferiores maravillas. Una Virgen que concibe en tiempo á aquel mismo Hijo que Dios engendró ante todos los siglos en la eternidad,

¡Maria hecha madre de Dios, en sentido propio, natural y riguroso, y por esta divina maternidad! ¡Maria con autoridad sobre Dios y Dios con subordinacion á Maria! Dos grandes prodigios; un Dios con todas las obligaciones de un hijo para con su madre; y Maria en posesion, respecto de Dios, de todos los derechos de una madre para con su hijo, y de todos los bienes, por decirlo así, de este mismo hijo. Despues de esto no hay que admirarnos, dijo San Agustín, que entre todas las puras criaturas, ninguna hay igual á Maria. Calle poseida de un respetuoso temor toda pura criatura, á vista de una inmensa dignidad que no puede comprender, dice San Pedro Damiano. Ni hay que tener miedo, añade el sabio cancelario de Paris, de exceder ó de decir demasiado cuando se ensalzan las grandezas de Maria, porque enriquecida con los bienes de su Hijo, y solo inferior á Dios, es superior á los elogios de los ángeles y de los hombres. No debe causarnos admiracion este unánime consentimiento de los santos Padres en confesar y publicar las inefables prerogativas de la Madre de Dios, en el dia de la Encarnacion; porque la divina maternidad de que tomó posesion, incluye en sí todos los elogios. Solo con decir que Maria es Madre de Dios, dice San Anselmo, se dice lo mas que despues de Dios se puede decir ni se puede pensar. Este es el origen, y como el título radical de todos los privilegios que goza. De aquí dimanó aquella concepcion sin mancha; aquella virginidad sin ejemplo; aquella plenitud de gracia sin medida; aquella elevacion, aquella universalidad de virtudes sin limitacion. De aquí los magníficos, los dulces títulos de Reina del cielo y de la tierra; de Madre de misericordia, de amparo de los pecadores. Tributado á Maria, escribe San Bernardo á los canónigos de Leon; las alabanzas que de justicia se le deben. Decid que para sí y para todos halló la fuente de la gracia; publicada que es la mediadora de la salvacion y la restauradora de los siglos, porque esto es lo que la Iglesia canta y todos los Padres publican. Luego que fué Madre de Dios, dice San Lorenzo Justiniano, comenzó á ser escala del paraíso, puerta del cielo, abogada del mundo y mediadora entre Dios y los hombres.

Hay Apóstoles, hay Patriarcas, hay Profetas, hay Mártires, hay Confesores, hay Vírgenes; todos estos son sin duda poderosos intercesores con Dios, y yo cuento en la realidad mucho con su proteccion poderosa. Pero, ¡Virgen Santa! esclama el devotísimo Anselmo, lo que todos estos pueden juntos con tigo, tú sola lo puedes sin

ellos. ¿Y por qué puedes tú sola tanto y mas que todos juntos? Porque eres Madre de nuestro Salvador; Esposa del mismo Dios, Reina del cielo y de la tierra, y soberana Emperatriz de todo el universo. Mientras tú no hablas en mi favor, ninguno se atreve á abogar por mí. Pero luego que tú te declaras por mi causa, tendré tantos abogados como cortesanos celestiales.

¡Cuántas veces, dice el famoso abad de Celles, debieron á la clemencia de la Madre de la gracia su conversion, aquellos á quienes la justicia del Hijo estaba ya para condenar al fuego eterno! ¿Pues qué confianza no debemos tener en aquella Señora que por el mismo hecho de ser Madre de Dios, fué declarada tesorera general de sus gracias, depositando, por decirlo así, en sus manos nuestra salvacion? Este fué el dictámen general de todos los Padres, en orden á la Madre de Dios: ésta en todos tiempos la fé de la Iglesia. Solo los hereges jamas han podido tolerar que se le rinda el religioso culto que se la debe. No ha tenido enemigo el Hijo que no lo haya sido de la Madre. Habiendo sido ella la que pisó la cabeza del Dragon, no es de admirar haya sido siempre tan aborrecida de él; y siendo el misterio de la Encarnacion el fundamento de la fé, no hay blasfemia que no haya vomitado el infierno, contra este divino misterio. Los arrianos negaban la divinidad del Verbo: los nestorianos la union sustancial del Verbo con la carne, admitiendo en Cristo dos personas; los etiquianos reconocian en él una sola naturaleza; los monotelitas una sola voluntad; y los marcionistas un cuerpo fantástico. Todos estos rasgos emponzoñados, iban de rebote á borrar en María el augusto título de verdadera Madre de Dios. Fulminó rayos la Iglesia en sus concilios contra estos impios errores, y anatematizó á los hereges, entre los cuales ninguno se declaró con mayor furor contra la divina maternidad de la Virgen que el impío Nestorio. Arrebatado del espíritu de orgullo este indigno patriarca de Constantinopla, se atrevió descaradamente á disputar á María el augusto título de Madre de Dios: mas para dorar de alguna manera, ó para endulzar la blasfemia de su error, concedió á la Señora los mas espejosos dictados que pudo discurrir, á excepcion del de *Theotocos*, ó Madre de Dios, que es como el fundamento y la basa de todos los demas. Reconociendo la Iglesia que negar esta indisputable excelencia á la Virgen, era echar por tierra el misterio de la Encarnacion, tomó la defensa de este esencialísimo punto, con todo el ardor y con todo el empeño que

correspondia á su celo. Convocó el célebre concilio Efesino el año 431, en que Nestorio fué excomulgado y degradado, sus errores condenados, quedando definido como uno de los mas principales artículos de fé, que María es verdadera Madre de Dios en sentido natural y riguroso, sin que este dogma, tan antiguo como la Iglesia misma, pudiese padecer interpretacion *maligna*, declarándose que el término *Theotocos* seria tan consagrado y tan característico contra la heregía de Nestorio, como lo era ya el de *consustancial* contra los errores de Arrio. No se puede imaginar el aplauso y regocijo con que fué recibida esta definicion de la Iglesia universal en gloria de la santísima Virgen, y es razon no omitir aquí las demostraciones que se hicieron en Efeso el dia que se publicó.

Llegado, pues, el que se habia señalado para pronunciar definitivamente sobre la divina maternidad de María, todo el pueblo dejó las casas, ocupó las calles, llenó las plazas públicas, y concurrió á cercar la iglesia dedicada á Dios en honra de la Virgen, donde estaban congregados los Padres del concilio. Luego que se publicó la decision, llegándose á entender que María quedaba mantenida en la justa posesion del título de Madre de Dios, resonaron en toda la ciudad festivas aclamaciones y gritos extraordinarios de una devotísima alegría, siendo tan vivas y tan universales estas demostraciones de gozo, que al salir los Padres de la iglesia, para retirarse á sus casas, todo el pueblo los condujo como en triunfo, colmándolos de bendiciones. Quemábanse pastillas y otros aromáticos perfumes en las calles por donde habian de pasar; brillaban en el aire festivas luminarias y variedad hermosa de fuegos artificiales, sin que faltase circunstancia alguna á la pompa del regocijo comun, ni al esplendor de la gloriosa victoria que María acababa de conseguir contra sus enemigos, que no lo eran menos de su Hijo santísimo. Tanta verdad es, como dice San Buenaventura, que la devota-ternura, el religioso culto de la Madre de Dios en todos tiempos fueron comunes á todos los verdaderos cristianos. Nació con la Iglesia la devoción á María, y siempre fué reputada como señal visible de predestinacion. Ni es esta, añade San Bernardo, una confianza presuntuosa que fomenta la relajacion; es un religioso culto, es una piadosa esperanza, fundada en la proteccion de la Madre de Dios; pero sostenida de una vida regular; timorata y cristiana. El desgraciado fin del impío Nestorio, fué funesto anuncio del que deben esperar todos los que se declaran enemigos de la santísima Virgen.

Creese comunmente que en este concilio Efesino en que presidió San Cirilo en nombre de San Celestino papa, compuso juntamente con los demas Padres aquella devota oracion á la Madre de Dios, que despues adoptó la santa Iglesia: *Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén Jesus.* En todos tiempos fué muy célebre en la misma Iglesia la fiesta de la Encarnacion. Cuando vivia San Agustin, estaba ya señalado para ella el dia 25 de Marzo, en el qual dice este Padre, se cree por antigua y venerable tradicion, que fué concebido y murió nuestro Redentor. El décimo concilio toledano, celebrado en el año de 656, llama á la solemnidad de este dia, la fiesta de la Madre de Dios, por excelencia, la gran fiesta de la Virgen. Porque ¿qué otra fiesta mayor de la Madre de Dios, dicen los Padres, que la Encarnacion del Verbo? Por ser incompatible el luto que arrastra la Iglesia en tiempo de pasion, y penitencia en que por lo regular cae la Encarnacion, con la alegría y la solemnidad que convenia á este misterio, los Padres del referido concilio trasladaron su fiesta al tiempo de Adviento, en que el oficio divino es casi todo de la Anunciacion y de la Encarnacion del Verbo. La santa Iglesia de Toledo al dia 18 de Diciembre; y la de Milan, al domingo que precede inmediatamente á la fiesta de Navidad. Pero habiéndola restituido la Iglesia Romana á su propio dia hácia el noveno siglo, casi todas las demas iglesias se conformaron con ella, bien que no por eso dejó de celebrar la mayor parte de ellas una fiesta particular en honra de la santísima Virgen, el dia 18 de Diciembre.

Por último, se ha mirado con tal veneracion la fiesta de la Anunciacion de nuestra Señora, que aun en Inglaterra, en medio de su funesto cisma, se observa guardar la fiesta de este dia por precepto, celebrándose con ayuno, vigilia, oficio público, y una colecta particular, y comenzándose á contar el año eclesiástico por este dia.

San Dimas ó el santo buen ladrón.

Bajo de este título se celebra en la Iglesia aquel dichoso pecador que halló en la hora de su muerte la vida de la gracia y el principio de la eterna bienaventuranza, prometida por Cristo, en las palabras con que premió su fé: *Hoy serás conmigo en el paraíso.* La tradicion conserva varios particulares de la vida de este hombre,

puesto por los judíos para deshonra é ignominia de Cristo en el patíbulo, y convertido por Cristo en confesor de su divinidad, y predicador de su gloria; pero nosotros, abstrayéndonos de unos particulares que no son de edificacion, nos contentamos con saber que se llamaba Dimas. Su vida ciertamente no habia sido otra que la de un facineroso que vive del robo y comete todo género de atentados. Estaba profetizado que el Salvador seria puesto entre los inicuos, para que se le reputase como uno de ellos, y esta fué la intencion con que los judíos lo crucificaron entre dos ladrones, haciendo sufrir de propósito la pena de muerte á estos dos facinerosos, para que la muerte de Cristo crucificado entre ellos se tuviese como una pena tan merecida como la que justamente se aplicaba á estos reos. ¿Pero qué puede la astucia del hombre contra el consejo de la Sabiduría divina? El Hijo de Dios sabe hacer que los medios dispuestos para su deshonra, sirvan para su gloria. La santidad del hombre Dios y la fuerza de su divinidad, oculta bajo los velos de una humanidad paciente, se distingue y se hace conocer por sí misma, sin que pueda confundirse con la iniquidad é ignominia del hombre pecador y criminal. Es verdad que para humillarse á sí mismo y abrazarse con la deshonra para nuestra redencion, el Salvador consiente en ser crucificado entre dos malvados; pero al mismo tiempo presenta á los ojos iluminados de la fé, un espectáculo verdaderamente grandioso y un misterio que hace conocer toda la economía de la obra admirable de nuestra redencion: él se deja ver pendiente de un patíbulo, vertiendo su sangre, lleno de dolores, de injurias y de insultos; pero nada de esto merecido por el que es el Santo de los santos, y sí todo conveniente para redimir al hombre, pagando el inocente la pena del culpado, y ofreciendo una satisfaccion infinita que el misero mortal no puede ofrecer. En tal estado, el Salvador no es, ni puede ser un hombre destituido de poder y autoridad, de riqueza y de dominio, de fortaleza y magestad; pues no pierde, ni puede perder lo que tiene por sí mismo, y sobre todo poder y facultad de los hombres; y si se deja ligar y clavar en una cruz, no es por imbecilidad ó falta de poder, sino porque él mismo quiso ofrecerse á los tormentos y á la muerte, como habia profetizado por Isaías. Por consiguiente, cuando aquellos ladrones están crucificados por sus delitos, Cristo está en la cruz por reparar al humano linage, y en ella misma está haciendo que comience á obrar su efecto el sacrificio que de sí mismo

ofrece á la justicia del Eterno. Por eso se vé al buen ladrón colocado á su diestra, cogiendo el primero el fruto de la redencion, que es la justificacion y salvacion de las almas; y vése tambien á la siniestra al mal ladrón, reagravando su pena con la impenitencia final, pues muere obstinado á la vista de aquel que debía ser su vida si quisiera aprovecharse del beneficio que sabe lograr su venturoso compañero, y que para uno y otro habia preparado el benigntísimo Jesus. Vése por tanto á Cristo en la cruz como remunerador de las almas, dando á un ladrón penitente el reino de los cielos, y condenando al infierno á un protervo obstinado que muere blasfemando. ¡Oh espectáculo verdaderamente asombroso que nos hace conocer al Dios de la misericordia y de la justicia! El camino que habian traído uno y otro pecador habia sido el mismo, de iniquidad y de pecado, dice San Juan Crisóstomo; pero la cruz dividió á uno de otro: al patíbulo mismo habian llegado poseidos de su comun iniquidad, y aun en ella blasfemó Dimas con su compañero, del inocente Jesus; mas luego reconoce su iniquidad, docilita su corazón, da oído á la voz secreta con que el Salvador le llama á penitencia, se deja mover del impulso de la gracia, confia en aquel en quien conoce está su salvacion, cree su divinidad, lo reconoce por su Dios, su Redentor y su Rey, y su corazón se convierte. ¡Oh admirable conversion del ladrón, exclama San Juan Crisóstomo: vé al Salvador, no sobre el Real Trono, no adorado en el Templo, no hablando desde el cielo, no dando á los ángeles sus soberanas órdenes; sino asociado en la pena á un ladrón; en los tormentos, en la cruz, en la agonía de la muerte; y sin embargo, lo adora como Dios, lo invoca y lo predica como Rey; siendo su conversion tan perfecta, añade San Ambrosio, que por ella mira ya con desprecio el suplicio que padece, y solo trata de pedir el perdón de sus culpas y de la pena eterna.

En efecto, desde que este hombre feliz se convierte á su Dios, no teme ya á los hombres, ni le afligen sus dolores, ni rehusa la muerte: él reconoce la justicia con que la padece; la acepta como penitencia, y desde entonces es ya para él la cruz, una especie de martirio; pues unido á su Salvador, condena la infidelidad de los judíos, y reprueba la maldad de su desventurado compañero. ¡Es posible, lo dice, que ni tú temes á Dios, aun estando ya para morir? ¡Es posible que no reconozcas la diferencia que hay entre Jesus y nosotros? Nosotros padecemos justamente lo que hemos mereci-

do; pero este inocente ¿qué ha hecho para ser así atormentado y muerto en una cruz? Una confesion tan gloriosa, se convierte toda en salud para el generoso penitente: él se vuelve á Jesus, y adorándole, le dice: "Señor, acuérdate de mí cuando estes en tu reino." No hablaba ciertamente de un reino temporal; de su perdón, de su salvacion es de lo que está solícito, y lo que conoce constituye el reino eterno de Cristo. Por eso el Señor que veía su corazón, para otorgar su peticion le dice: "Hoy serás conmigo en el paraíso." ¡Recompensa magnífica! ¡Premio inestimable de una fé viva y de una caridad ardiente, que en momentos nacieron y crecieron á virtud de un Espíritu que sabe aligerar los pasos y abreviar los términos de una justificacion extraordinaria y digna de aquella hora de salud! Despues de la muerte de Jesus, y ántes que acabase de caer la tarde, los soldados vinieron y quebraron las espinillas á Dimas; con lo que entregó su alma en manos de su Criador y Redentor; y el que ya lloraba los robos que habia hecho en la tierra, robó por fin el reino de los cielos.

La Epístola es del capítulo VII del profeta Isaías.

En aquellos días habló el Señor á Acáz, diciendo: Pide á tu gusto al Señor tu Dios, que te haga ver un milagro, sea el profundo del infierno, sea de arriba en lo mas alto. Y respondió Acáz: No pediré tal, por no tentar al Señor. Entonces dijo Isaías: Oye pues tú, ó prosapia de David: ¿Acaso os parece poco el hacer agravio á los hombres, que osais hacerle tambien á mi Dios? Por tanto, el mismo Señor os dará una señal: Sabed que una vírgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel. Comerá manteca y miel, para que sepa desechar lo malo, y escoger lo bueno.

El Evangelio es del capítulo I de San Lucas (pág. 632).

En aquel tiempo: Envió Dios al ángel Gabriel &c.

MEDITACION.

Sobre el misterio del día.

Considera si podia Dios dar mayores pruebas del amor que profesa á los hombres, que haciéndose hombre para acreditar con testimonio más sensible el exceso de su amor. Si Dios hubiera de-

jado á nuestra eleccion que le pidiésemos una prueba visible y convincente de lo mucho que nos amaba, ¿nos hubiera pasado por el pensamiento pedirle otra semejante? ¿Hubiéramos soñado emprender que Dios se hiciese hombre, y que haciéndose en todo semejante á los hombres, se echase á cuestras todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, para compadecerse despues mas de nuestras necesidades? Pues este prodigio que jamas nos atreveriamos á pedir, ni aun á imaginar, esta maravilla que el entendimiento humano calificaria de extravagancia, este milagro fué el que obró la Sabiduria divina, para manifestarnos el exceso con que nos amaba. ¿Estamos bien convencidos de este exceso de su amor? ¿Y cuál es nuestro reconocimiento? ¿Qué interesaba el Señor en nuestra redencion? ¿Qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿Ignoraba por ventura que iba á desperdiciar sus inmensos beneficios en unos hombres ingratos? ¿No sabia bien que por mas costa que le tuviese su obra, por mas amor que nos mostrase, por mas ejemplos que nos diese, el mundo siempre habia de ser su implacable enemigo, siempre habia de estar atestado de impíos y de disolutos? Y con todo eso ninguna cosa fué bastante á disgustarle, á entibiarse en el amor de un pueblo tan indigno de sus favores.

Considera que si nuestro amor y nuestro reconocimiento á este hombre Dios deben ser sumos; ¿cuál deberá ser nuestra confianza, nuestra veneracion y ternura á su Santísima Madre? ¿Puede ser elevada á mas alta dignidad una pura criatura? ¿Hay cosa criada, hay celestiales inteligencias que no sean inferiores á la Reina de los hombres y de los ángeles? Pero en lo que mas interesamos todos es, en que si su poder iguala á su dignidad, la ternura con que nos mira es igual á su poder. Comenzó á ser Madre de misericordia desde que comenzó á ser Madre de Dios: ¿pues con qué caridad vuelve sus piadosos ojos hácia los pecadores! ¿Qué liberal es para todos los que la invocan! ¡Oh, mi Dios, y cuánto debe consolarnos esta verdad! Sabemos que solamente Jesucristo redimió al mundo con su sangre; pero no podemos ignorar que aquella sangre preciosa que derramó, fué formada de la misma sustancia de María; y por consiguiente franqueó, ofreció, entregó por nosotros aquella sangre que sirvió para nuestro rescate. En esto se funda la Iglesia para darla el título de Mediadora y Reparadora de los hombres. Como María tiene tanto interes, tanta parte en la dicha

de los que se salvan, no puede mirar á sangre fria la desgracia de los que se pierden. ¿Cuál debe ser nuestra devocion con aquella Señora, que siendo Madre de Dios, lo es al mismo tiempo nuestra? ¿Cuál nuestro religioso culto, cuál nuestra firme confianza, en la que es fuente de vida en esta region de muerte; todo nuestro consuelo en este valle de lágrimas, toda nuestra esperanza en este tropel de escollos, en tanta confusion de peligros? Rabie la heregia; que la Iglesia siempre aclamará, siempre saludará á esta Señora con estos augustos títulos, tan llenos de consuelo como de magestad. Y con semejante Protectora, con tal Madre, ¿será posible que vivamos pobres y necesitados de bienes espirituales? ¿Será posible que desmayemos en el camino de la salvacion; que tengamos la desgracia de descaminarnos y perdernos? ¿A quién se deberá echar la culpa? Pues en este gran dia, en que María es declarada por Madre de Dios, tributémosla los cultos que merece: arrojémos á los pies de sus altares, y jurémosla una fidelidad inviolable, renovando la protesta de la mas reverente, de la mas perfecta esclavitud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

St, Virgen Santa: el título que llevas de Madre de Dios, no es un título vano ó de pura honra, sino un título que expresa propiamente la verdadera maternidad de Dios humanado, á que fuiste elevada, y que por consiguiente abre el camino á toda nuestra esperanza; pues tampoco es vano, sino muy verdadero el título de Madre nuestra, que te constituye nuestro amparo, defensa y proteccion, y abre para nosotros las puertas de misericordia de tu corazon maternal. En tal confianza, yo el mas indigno de tus hijos, el mas humilde de tus siervos, ocurro á tu piedad, rogándote desplegues en mi favor tu proteccion soberana, y prometiéndote quitar todos los obstáculos que desgraciadamente he opuesto á las gracias de que siempre están llenas tus manos benefactoras. Haz, Virgen pura, que no deforme en mí por la culpa la imagen de mi Dios, ni degenera de la suma nobleza á que he sido elevado, haciéndome por la Encarnacion de tu Hijo Dios, nada menos que consanguíneo de la divinidad.

JACULATORIA.

Vos os hicisteis hombre, ¡Oh Verbo Divino! para que nosotros hombres nos hiciésemos dioses: ¡qué bondad!

LECCION.

Concluyen los dones del Espíritu Santo.

Por el don del Espíritu Santo, que se llama consejo, nos ilumina Dios para descubrir las asechanzas y los fraudes del demonio que frecuentemente engaña á los incautos con el aspecto del bien. Bajo la apariencia y el honesto pretexto de economía, los inclina á la avaricia; encubierto con el velo de una recreación lícita y sencilla, los impele á acciones peligrosas y á juegos ilícitos. Cuando se halla, pues, el hombre fluctuando entre las dudas, sin resolverse á obrar ni saber qué elegir, es preciso que ocurra y pida con humildad al Espíritu divino le conceda este don inestimable. Cuando vacilante el alma y ofuscado el entendimiento, no se atreve á deliberar sobre el estado de la vida, ignorando qué le será mas saludable, el Espíritu Santo le concede este don que como la columna de fuego en el desierto, le manifieste el camino mas seguro para llegar á la tierra prometida. Cuando el alma se mira circundada de peligros y de angustias en la cárcel de este cuerpo mortal, no viendo sino ilusiones y engaños en vez de la verdad, no tiene otro arbitrio que clamar como Josafat, preso y rendido por sus enemigos, segun se refiere en los Paralipómenos: Dios nuestro: en nosotros ciertamente no hay tanta fuerza que podamos resistir á esta multitud que se deja caer sobre nosotros. Mas como no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que dirigir á tí nuestros ojos. Entre los muchos ejemplos que nos refiere la Escritura de los justos que ocurrieron á Dios cuando se hallaban en circunstancias tan dolorosas como difíciles, basta recordar á Ester, á Judit y al santo rey Ezequías. Ellos ocurrieron al Altísimo, elevaron sus almas por medio de la oracion mas fervorosa, y el triunfo mas completo fué el éxito de sus plegarias y el fruto de sus clamores.

Ascendiendo por esta escala de perfeccion, despues del de consejo, se sigue el don de entendimiento, por el cual el que se encuentra ya en la práctica de la vida activa y se ejercita en los combates contra el demonio, el mundo y la carne, se eleva poco á poco á la contemplacion é inteligencia de los misterios de la divinidad y de los dogmas de la religion cristiana. Para conseguir este don del Espíritu Santo, es preciso oír con humildad la palabra de Dios, y una prueba de que lo hemos logrado es el escuchar lo que nos dice,

y oír su voz. Si enderezares á Dios, dice Elin en el libro de Job, su corazon atraerá á sí el Espíritu y aliento de él. . . . Por tanto, si tienes entendimiento, oye lo que se dice, y escucha la voz de mis palabras. El Señor nos ha ofrecido este don, cuando dice por David: Inteligencia te dará, y te instruiré en este camino por el que has de andar, tendré fijos sobre tí mis ojos. No querais ser como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento. No solo la palabra de Dios, sino tambien la meditacion y declaracion de ella nos prepara á esta admirable gracia. Maravillosos son tus testimonios, exclama el mismo Profeta, por eso los ha escudriñado mi alma. La declaracion de tus palabras alumbrá y da entendimiento á los pequeñitos; y para manifestar que la verdadera inteligencia consiste en la contemplacion de los misterios divinos y de los dogmas del cristianismo, dice el Apóstol San Pablo á los efesios: Os requiero en el Señor que no andeis ya como andan las gentes en la vanidad de su sentido, teniendo el entendimiento oscurecido de nieblas, enagenados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguedad de su corazon. Y á los colosenses: No cesamos de orar por vosotros y de pedir que seais llenos del conocimiento de su voluntad, en toda su sabiduría é inteligencia espiritual: para que andeis dignos de Dios, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra y creciendo en la ciencia de Dios. . . . Para que sus corazones sean consolados, estando guarnecidos de caridad y de todas riquezas, de cumplida inteligencia para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Para expresar la necesidad que tenemos de este don para la inteligencia de las cosas divinas, dice el mismo Apóstol á su discípulo Timoteo: Entiende lo que digo, porque el Señor te dará inteligencia en todo. Acuérdate que el Señor Jesucristo del linage de David resucitó de los muertos, segun mi evangelio.

Para alcanzar este don debemos valernos de la oracion, y decir con David: Dame entendimiento, Señor, para que sepa tus testimonios. . . . Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré de todo mi corazon. . . . Dame entendimiento, y aprenderé tus mandamientos. . . . Dame entendimiento, y viviré; y por último, dame entendimiento, segun tu palabra. Necesitamos tambien de la fé, porque si no creyéremos, no entenderemos. Nos es indispensable la limpieza de corazon y una conciencia pura. El hombre,

dice David, cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas, y se ha hecho semejante á ellas. Y finalmente, humillándose el hombre, se dispone á recibir esta inteligencia. Jesucristo dijo, segun San Mateo: Doy gloria á tí, Padre y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has descubierto á los pábulos. Así es que, á pesar de los grandes conocimientos de los infieles mas sabios y famosos, nada les aprovechó su entendimiento, y así dice el Apóstol á los romanos: "Aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios y dieron gracias: ántes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazon insensato; porque teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios, y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes. Por el contrario, vemos multitud de Santos, que sin dedicacion á las letras han tenido los conocimientos mas sublimes de nuestra fé y creencia, y han podido comunicarlos á los demas. Otro tanto sucedió con la mayor parte de los Apóstoles, que de ignorantes pescadores, á virtud de este don del Espíritu Santo, ilustraron á las naciones todas en la verdadera inteligencia, que es la de Jesucristo.

El ápice de la perfeccion, el último de los dones del Espíritu Santo, es el de la sabiduría, con el cual el que conoce á Dios, el que por el don de entendimiento penetra los mas recónditos misterios de la divinidad, dirige todas sus acciones á Dios como su único fin, y reúne el afecto á la inteligencia, lo que no puede verificarse sin la caridad; porque como se lee en el libro de la sabiduría: El alma del justo es el asiento de la Sabiduría; de donde se infiere, dice San Bernardo, que aquel es sabio, que es justo. El conocimiento, pues, que se tiene por el entendimiento, es como el que se adquiere por la vista, y el que se consigue por el don de sabiduría es como el que se siente por el gusto; por lo que, dice el Salmista: Gustad y ved cuán suave es el Señor.

Este don divino fué concedido por el Señor, segun nos refiere el Exodo, á Besebeel, de la tribu de Judá, para la construccion del tabernáculo: Y lo he llenado, dijo el Señor á Moises, del Espíritu de Dios, de sabiduría, y de inteligencia, y de ciencia. Lo mismo se nos refiere de Josué en el Deuteronomio: Y Josué, hijo de Num, fué lleno de Espíritu de sabiduría, porque Moises puso sobre él sus manos. Y de Salomon no solo consta en el libro III de los Reyes,

sino mas detalladamente en los Paralipómenos: Dame sabiduría é inteligencia, dijo Salomon, para entrar y salir delante de tu pueblo; porque ¿quién puede juzgarlo dignamente?... Y dijo Dios á Salomon: Por cuanto esto ha contentado mas á tu corazon, y no has pedido riquezas, ni hacienda, ni gloria, ni las almas de aquellos que te aborrecen, ni tampoco muchos dias de vida, sino que has pedido sabiduría y ciencia para poder juzgar mi pueblo, sobre el que te he establecido rey, sabiduría y ciencia te son dadas; y ademas te dará riquezas, y hacienda, y gloria en tal manera, que ninguno de los reyes ni ántes ni despues de tí te será semejante. Mas ¿qué diferencia entre estos tres personages favorecidos con inestimable gracia? Fieles á ellos los dos primeros, mueren en el Señor, mientras que Salomon prevarica y se hace indigno de ella, para manifestarnos la precaucion y temor con que debemos conducirnos aunque nos miremos colmados de favores, pues nuestra correspondencia y la cooperacion á la gracia nos es mas necesaria, haciendonos cautos el ejemplo del rey mas sabio que ha habido y habrá sobre la tierra: por eso se lee en el Eclesiástico: "Al hombre bueno en su presencia dió Dios sabiduría, y ciencia, y alegría; mas al pecador le dió afliccion y cuidado superfluo, para que acreciente, y aumente, y lo entregue á aquel que agradó á Dios; mas aun esto vanidad es, é inútil afan del ánimo. Para adquirir, pues, y conservar el don de sabiduría, se necesita una humildad confiada solo en la bondad divina, cual la que aconseja el Salvador á sus discipulos, cuando, segun San Lucas, les anunciaba que serian perseguidos y llevados ante los reyes y los jueces. Tened, pues, les decia, fijos vuestros corazones de no pensar ántes cómo habeis de responder; porque yo os daré boca y saber, al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios.

Mas donde se manifiesta mas claramente la comunicacion de este don del Espíritu consolador, es en la eleccion de los siete cooperadores elegidos por los doce apóstoles, como se refiere en sus Hechos: Escoged pues, hermanos, dijeron, de entre nosotros, siete varones de buena reputacion, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría á los cuales encargáremos esta obra.

La admirable doctrina de este y los demas dones del Espíritu Santo se halla consignada de un modo demasiado expreso en la Epístola de San Pablo á los corintios: Sobre los dones espirituales, les dice, no quiero, hermanos, que vivais en ignorancia.... Ninguno

que habla por Espíritu de Dios dice anatema contra Jesus. Y ninguno puede decir Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo; pues hay repartimiento de gracias; mas uno mismo es el Espíritu. Y hay repartimiento de misterios; mas uno mismo es el Señor; y hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y á cada uno es dada la manifestacion del Espíritu para provecho. Porque á uno por el Espíritu es dada palabra de sabiduría, á otro palabra de ciencia, segun el mismo Espíritu. Si es, pues, un don gratuito que el Señor concede á quien le agrada, es indispensable pedirlo á su divina Magestad incesantemente, tanto para nosotros, como para los demas fieles, imitando á San Pablo que escribía á los efesios: No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria os dé espíritu de sabiduría y de revelacion por su conocimiento: iluminados los ojos de vuestro corazon para que sepais cual es la esperanza de su vocacion, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es aquella soberana grandeza del poder que obra en nosotros, que creemos segun la eficacia de su poderosa virtud. Y el Apóstol Santiago, en su Epístola católica, se expresa en estos términos: Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale á Dios que la da á todos copiosamente y no zahiere, y le será concedida; pero pídale con fé sin dudar en nada, porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento y la trae acá y allá. Y si no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor... Toda dádiva excelente y todo don perfecto, es de lo alto, que descende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variacion, porque voluntariamente nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas... Sed, pues, sabedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañandoos á vosotros mismos.

—————▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶—————

DIA VEINTE Y SEIS.

San Cástulo, mártir.

En la cruel persecucion que padecieron los cristianos en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, en la que para obli-

gar á todos al culto de los ídolos, se mandaron colocar en los mercados y aun en las fuentes públicas y rios, pequeños simulacros, á los cuales debian ofrecer incienso cuantos quisiesen comprar, vender, tomar agua ó moler trigo; multitud de fieles tuvieron que retirarse á lugares despoblados para no verse precisados á sucumbir á la necesidad de apostatar, y otros tuvieron que ocultarse en la misma Roma para poder proveer á las necesidades de los que no podian salir de la ciudad.

Entre estos últimos fueron el papa S. Cayo, S. Sebastian, S. Tranquilino y sus hijos, S. Tiburcio y otros ilustres mártires, como puede verse en los dias 20 de Enero, 6 de Julio y 11 de Agosto, y para habitar en un lugar seguro, libre de toda sospecha, eligieron la morada de Cástulo, mayordomo del emperador que se hallaba en su mismo palacio, y este es el Santo mártir, cuya vida vamos á compendiar sin repetir lo que tenemos escrito sobre sus otros compañeros.

S. Cástulo, que estaba casado con Irene, aquella muger piadosa que curó á S. Sebastian cuando fué dejado por muerto hecho blanco de las saetas, era un cristiano tan fervoroso, que no solo hospedó en su casa á los cristianos sin temor de los peligros á que se exponia, sino que la convirtió en templo donde concurrían ocultamente los fieles á participar de los divinos misterios, á recibir los nuevos convertidos el santo bautismo, á ser curados de sus dolencias muchos enfermos y libres del demonio no pocos endemoniados. Su morada fué un teatro continuo de maravillas, no menos que el asilo de los zelosos misioneros que desde allí salian á hacer sus excursiones apostólicas.

El mismo Cástulo á pesar de su estado no se dedicó menos que los otros á la conversion de los gentiles, y por los esfuerzos de esta santa campaña, el número de los cristianos se aumentaba diariamente no obstante la cruel persecucion. Con frecuencia presentaba nuestro Santo al papa S. Cayo los frutos de sus conquistas para que los agregase mediante el bautismo al rebaño de Jesucristo. Los ejemplos de su vida y la persuasion de sus razones tenian mucho influjo para hacer abandonar á los paganos el culto de sus falsas deidades; pero mucho mas contribuía á la felicidad de sus tareas el don de milagros con que lo habia dotado el Omnipotente. Con su ferviente oracion alcanzaba vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, y entera sanidad á los desesperados enfermos; dándoles de esta